

Presentación

De manera misteriosa, el concepto de desigualdad desapareció durante algunos años de las discusiones académicas latinoamericanas. Esto no deja de ser paradójico, porque esa desaparición se produjo precisamente en una época en la que las disparidades sociales en la región parecen haberse hecho mayores. Los efectos combinados de las políticas de ajuste estructural, de la accidentada marcha de las economías y de las asimetrías en la incorporación a los mercados globales han agravado las brechas entre ricos y pobres en una región que, desde hace tiempo, ha sido la más desigual del mundo. ¿Por qué, entonces, dejó de hablarse de esta cuestión? Una de las razones de este eclipse fue el agotamiento de los discursos al respecto. Agotamiento en varios sentidos. En primer lugar, muchos de los enfoques sobre el tema sufrieron un proceso de envejecimiento repentino: arrojaban muy poca luz frente a los nuevos rostros de la desigualdad, como la brecha digital, la formación de un sector de supermillonarios, el desempleo estructural, la precarización del trabajo, la desconexión o las diferencias de inserción en las redes globales. En segundo término, los críticos de la desigualdad quedamos “agotados”, exhaustos, porque el anhelo de una sociedad más igualitaria se estrelló una y otra vez ante la persistencia de la desigualdad en la región. Entre finales de los años sesenta y principios de los ochenta el sueño de la justicia social parecía al alcance de la mano, pero se disipó muy pronto frente a las realidades de la década perdida, la caída del socialismo real y el avance de políticas e ideologías que consideraron que igualdad y justicia eran antiguallas que deberían conservarse en el museo de la preglobalización. ¿Para qué hablar de la desigualdad, si nos habíamos quedado sin una utopía desde la cual confrontarla? Agotamiento, en fin, porque el venerable concepto de desigualdad no pudo seguir el ritmo vertiginoso con el que se movieron conceptos más jóvenes, como los de equidad de género, multiculturalismo, emergencia étnica, transición democrática, globalización y políticas de reconocimiento.

Afortunadamente, en los últimos tres o cuatro años se ha reabierto el debate sobre la desigualdad en América Latina. Como botones de muestra se puede señalar que en 2003 Enrique Hernández Laos y Jorge Velásquez Roa publicaron *Globalización, desigualdad y pobreza. Lecciones de la experiencia mexicana* y se inició en la Universidad Estatal de Nueva York en Stony Brook un programa multianual sobre desigualdad persistente en América Latina, financiado por la Fundación Rockefeller; en 2004 la revista *Nueva Sociedad* dedicó un número al tema, mismo año en que apareció el libro *Diferentes, desiguales y desconectados*, de Néstor García Canclini; en 2005, el Senado de la República organizó en México un seminario internacional con el tema “La desigualdad en América Latina. Las reformas pendientes”. El Banco Mundial y el Banco Interamericano de Desarrollo han vuelto a colocar la cuestión en sus agendas y hace poco publicaron sendos estudios sobre la desigualdad en la región.¹ Este retorno del tema no sólo se explica porque es una asignatura pendiente en

¹ BID, *América Latina frente a la desigualdad*, Banco Interamericano de Desarrollo, Washington, 1998; World Bank, *Inequality in Latin America and the Caribbean: breaking with history?*, The International Bank for Reconstruction and Development/The World Bank, Washington, 2003. Investigadores del Social Science Research Council y de la Universidad de Princeton también han lanzado una iniciativa para el estudio de la desigualdad

América Latina, que tiene efectos negativos sobre las frágiles economías y las incipientes democracias de la región, sino que tiene que ver también con la emergencia de actores y movimientos sociales que cuestionan distintas formas de inequidad. Además, responde a procesos académicos que apuntan hacia el surgimiento de nuevas visiones relativas a las desigualdades sociales. Comienzan a vincularse los análisis de la desigualdad con el debate acerca de la exclusión y la desconexión. Se intenta responder a la paradoja de la consolidación política y mediática de los movimientos étnicos y lo poco que se ha avanzado en revertir las desventajas que aquejan a los grupos indígenas. Los sugerentes textos de Fitoussi y Rosanvallon sobre nuevas desigualdades, de Charles Tilly sobre la desigualdad persistente y de Boltanski y Chiapello sobre explotación y exclusión en la sociedad contemporánea han abierto originales ventanas analíticas para mirar la desigualdad.² En el caso de la antropología, se están buscando perspectivas innovadoras que vayan más allá de los paradigmas multiculturalistas, relativistas y posmodernos que proliferaron durante los noventa. En esa búsqueda, se trata de enlazar el estudio de los procesos simbólicos de distinción con el de las asimetrías económicas, el tema del reconocimiento de la diferencia con la cuestión de la redistribución, las problemáticas de etnia y género con las de clase, el derecho a la diversidad cultural con la necesidad de una igualdad que atraviese las fronteras interculturales. En una palabra, están aflorando nuevas estrategias analíticas y lenguajes para hablar acerca del viejo y persistente problema de la desigualdad. Los artículos que se presentan en esta entrega de *Alteridades* ilustran esas tendencias emergentes.

Paul Gootenberg, en su artículo “Desigualdades persistentes en América Latina: historia y cultura”, señala que la persistencia de enormes disparidades sociales y económicas en América Latina en distintas épocas, con diversos modelos de desarrollo y bajo diferentes regímenes políticos, hace necesario el estudio de la desigualdad como una variable relevante y distintiva de la región. Destaca los planteamientos que se han hecho sobre la desigualdad latinoamericana desde diversas disciplinas y aboga por darle mayor relevancia a las interpretaciones que pueden darse desde el campo de las humanidades, en particular desde la historia, la antropología, la literatura y los estudios culturales, es decir, invita a trascender las explicaciones económicas y sociológicas que durante mucho tiempo predominaron.

El artículo “Del dualismo étnico colonial a los intentos de homogeneidad en los primeros años del siglo XIX latinoamericano”, de Antonio Escobar Ohmstede es una buena muestra de que la consolidación reciente del movimiento indígena ha motivado relecturas de la historia regional en clave étnica, lo que permite rastrear algunas de las especificidades de las desigualdades latinoamericanas. Así, utiliza los conceptos de identidad y etnicidad para mirar la transición desde la crisis del sistema colonial hasta los primeros intentos de formación de estados nacionales en Bolivia, Ecuador, México y Perú, donde se presenta una dialéctica de inclusión/exclusión de los indígenas, que participan en los movimientos armados y otros procesos políticos, pero donde a la vez se les restringen muchos derechos ciudadanos.

Las nuevas desigualdades son el objeto del artículo “De la oportunidad del empleo formal al riesgo de exclusión laboral. Desigualdades estructurales y dinámicas en los mercados latinoamericanos de trabajo”, de Juan Pablo Pérez Sáinz y Minor Mora. Estos autores señalan que la pérdida de la centralidad del empleo formal y el incremento en la precarización del trabajo han creado una situación en la que la desigualdad no sólo brota de la explotación de la fuerza de trabajo sino también,

en América Latina, y en ese esfuerzo han colaborado con la Universidad de Oxford y con distintas universidades y centros de investigación de América Latina (véase el sugerente trabajo de Jeremy Adelman y Eric Hershberg “Paradoxical inequalities: social science, social forces and public policies in Latin America”, Princeton Institute for Regional Studies, Princeton, 2003).

² Jean Paul Fitoussi y Pierre Rosanvallon, *La nueva era de las desigualdades*, Manantial, Buenos Aires, 1997; Charles Tilly, *La desigualdad persistente*, Manantial, Buenos Aires, 2000; Luc Boltanski y Eve Chiapello, *El nuevo espíritu del capitalismo*, Akal, Madrid, 2002.

y cada vez más, de la exclusión de millones de personas que no encuentran opciones de empleo digno y tienen que recurrir a la emigración o a trabajos en condiciones precarias e inseguras.

Varios de los artículos incluidos en este número analizan diversas respuestas frente al problema de la desigualdad. Fulvia Rosenberg, en su trabajo "Acción afirmativa para negros en la enseñanza superior en Brasil", después de mostrar que la desigualdad en uno de los países más desiguales del mundo afecta de manera particular a la población negra y mulata, reseña el debate que se ha dado en torno al polémico sistema de cuotas para favorecer la entrada de estudiantes negros en las universidades brasileñas. Rosenberg muestra que más allá de la disyuntiva cuotas sí-cuotas no, está en marcha un profundo reajuste de las relaciones entre negros y blancos en Brasil.

Manuel Chiriboga, en el texto "Desigualdad, exclusión étnica y participación política: el caso de Conaie y Pachacutik en Ecuador" estudia la transformación de la participación política de los indígenas ecuatorianos, quienes a principios de los años noventa estaban prácticamente excluidos de la política formal del país, mientras que en los primeros años del nuevo siglo se han convertido en protagonistas centrales en la vida política ecuatoriana local y nacional. Explica este cambio acelerado en relación con el surgimiento de un enorme movimiento identitario, que fue liderado por la Confederación de Nacionalidades Indígenas Ecuatorianas (Conaie), la construcción de microprocesos de participación política local y una dinámica de alianzas y aperturas a otros grupos sociales, cuya expresión política es Pachacutik. Sin embargo, este inusitado protagonismo indígena en lo político no parece modificar en forma sustancial la desigualdad en las relaciones interétnicas en instituciones como el mercado y las relaciones cotidianas, lo que representa un importante reto analítico.

En un trabajo que combina la literatura, los estudios fílmicos y el análisis socioantropológico de los movimientos sociales ("Expresiones populares y cinematográficas del descontento con la nación argentina: piquetes, cacerolazos y el motivo de la madre perturbada"), Adrián Pérez Melgoza explora las figuras de las mujeres argentinas, tanto en la manera en que aparecen en algunas películas recientes como en su participación en diferentes acciones de protesta callejera durante los últimos años. Descubre un intrigante juego de espejos entre la calle y la pantalla, en el que hay paralelismos, contrastes, transferencias, desplazamientos, intersecciones y distanciamientos, en los que las desigualdades de clase y género se desafían y se reconfiguran.

En el artículo "Más allá de la clase, la etnia y el género: acciones frente a diversas formas de desigualdad en América Latina", Luis Reygadas analiza los alcances y las limitaciones de algunas iniciativas subalternas frente a la desigualdad en América Latina durante el periodo 1990-2005. Compara la eficiencia de estas acciones para reducir la inequidad en tres ámbitos: la disparidad de ingresos, la discriminación étnica y la desigualdad de género. La comparación permite advertir que las desigualdades en América Latina evolucionan a diferentes ritmos: se entrecruzan, se juxtaponen y, en ocasiones, se refuerzan mutuamente, pero a veces unas se hacen mayores mientras otras parecen menguar. Hay interconexiones entre ellas, pero cada una tiene sus propias especificidades y distintos niveles de persistencia. Pese al claro fortalecimiento de los movimientos étnicos en la región, la situación de los indígenas no ha mejorado de manera sustancial. No obstante la intensidad de las protestas contra las políticas neoliberales, se han reproducido las desigualdades socioeconómicas. En contraste, las acciones frente a la desigualdad de género parecen tener mejores resultados.

Este número de *Alteridades* contiene también el texto "Mujeres ejemplares: indígenas en los espacios públicos", de Laura R. Valladares de la Cruz, que estudia cómo las mujeres indígenas, hasta hace muy poco completamente excluidas de los espacios políticos en México, han cobrado una presencia cada vez más importante. Este análisis lleva a interrogarnos acerca de la intersección entre diferentes dimensiones del poder, pues algunos movimientos indígenas han contribuido a potenciar las demandas de las mujeres, pero éstas todavía tienen que enfrentar arraigadas estructuras de dominación, tanto dentro de sus comunidades como fuera de ellas.

Por último, se incluye aquí el trabajo “Los mercados como campos y arenas. Hacia una etnoeconomía de los procesos mercantiles”, de Juan Castaingts. Combinando la antropología simbólica, la antropología procesualista y la economía, el autor trata de mostrar la enorme variedad de tipos de mercados que pueden existir, en contraste con la tentación común de hablar de mercado en general. Señala que los mercados son un caso especial de un sistema de intercambios mucho más amplios, dentro de los que el don tiene un lugar particular. Concluye con la propuesta de que los mercados deben ser interpretados como campos –en el sentido de Turner–, que se organizan de acuerdo con una gramática determinada.

Luis Reygadas